

Creación literaria

Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños. Volumen 55.

De azul y plata

Cristina Sánchez de Lara

Camina descalzo por una playa que siente tan suya como sus propios pies. Una playa que acoge, arropa, abraza. Palpa la arena suave que engulle poco a poco sus raíces, que seduce y enreda como una amante hipnótica. Sabe que su hogar queda muy lejos, y aun así reconoce este lugar como la casa a la que siempre querría volver. No hay nadie que conozca estas aguas y no sienta que es el sitio al que pertenece. El imán del sur, paraíso de plata. Platas las olas, platas las calles; platas los ojos de quienes miran, o de quienes vieron. Todo el que recorre la orilla argentada reluce un poco más. Adquiere un brillo extraño, un mirar nuevo. Lo absorbe en amor y origen.

Lo arrolla la sutil brisa litoral. El viento se cuele por sus oídos y comienza a apreciar el ritmo del recuerdo. Escucha el roce de la guitarra, la voz coral. Entona las letras que hablan de banderas, de luz y lucha. Una melodía que ruega libertad, patria y unidad. La nana dulce de la abuela, su punto de obsesión. Una canción que dice que el pueblo unido jamás será vencido.

El cielo se torna de pleno en rubor, sabiéndose observado. Los últimos rayos de sol decaen pincelando la vehemencia de un pigmento que no deja de presentarse como un fenómeno hermoso, sin dejarse intimidar por la monotonía de la rutina que dicta el horario del color. Entonces, justo al robo de luz crepuscular, se ve trasladado a otra playa, a su otro mundo. Reaparece ante sí otro cielo, besado de carmín, coqueto y antiguo como los amores que pasan y se deshacen en huellas jóvenes. Es un cielo que grita su canción de cuna; que dista demasiado de la plata gaditana como para plasmar el tinte perfecto en una imagen.

Tan solo sabría decir que la costa que se muestra alternante entre su memoria y sus sueños no refulge en lentejuelas de sal. Emerge en un tono que matiza su recuerdo azul y ocre. La mar chilena ondea sus faldas turquesas en un pícaro atrevimiento. Compara el atardecer utópico de sus dos tierras; los olores, las sensaciones. El horizonte enlaza el escarlata puro y reflejado de ambas patrias. Y él mira y fantasea con una irrealidad de olas en azul y plata.

Desconecta del paisaje y las letras azuladas, vuelve al Cádiz que anochece lentamente, pidiéndole sin prisas su marcha. La noche no tiene vistas para él. No presta atención a las esporádicas luces del camino de vuelta, ni a los pocos transeúntes que circulan en pandillas. Abandona el paseo y se adentra por una callejuela hasta llegar a su portal. Deja atrás el ascensor averiado y sube a pie los tres pisos de escalera. La cautela de su entrada no impide la queja de su madre. “Llegas tarde otra vez” la escucha decir desde la cocina. Él se encoge de hombros en su acostumbrada mueca indiferente, la cual tenía dos posibles respuestas maternas, habitualmente constatadas: el enfado crónico o el reproche refunfuñado. Por suerte para el hijo, opta por la segunda opción.

Este se asegura de no dejar el mínimo rastro de arena que pudiese delatarle antes de acceder al salón y agacharse sobre el sillón de piel cruda para besar a su abuela. Ella abre los brazos y se estira como puede para achucharlo. Nunca había sido cariñosa de joven, aunque él no podía apreciarlo. Fue la madre la única testigo de la conversión de esa mujer seria que la había criado, en una anciana tierna y frágil. Aún no logra

adivinar si el origen del cambio reside en la edad o en la enfermedad.

Una fotografía descolorida situada junto a libros y figuras pasadas en un ancho mueble, que hacía de biblioteca, es la única prueba de su verdadera transformación. Representa a la muchacha tenaz y esbelta que una vez fue. Esboza una media sonrisa que parece encajar acorde con su expresión segura y su nariz levemente torcida y tostada. El cabello oscuro y erizado aparece moldeado para evitar la imperfección del desorden. Si en aquel momento hubiera podido comprobar los escasos mechones blanquecinos que se agazapan sobre su frente, se habría soltado el pelo.

De su mano un hombre de boca traviesa y locuaz, de mirada jovial y gesto relajado. Ella había adelgazado desde entonces. Los años habían amasado sus formas estilizadas, dejando atrás un conglomerado flaco y empalidecido, cubierto de manchas que daban a su piel un tono descaradamente desteñido. Siempre que mira su propio reflejo en aquella imagen puede sentir el sol lejano que doraba su rostro fresco y veraniego; y el roce de los tejidos suaves que acompañaban las faldas de vuelo. Pero ahora se encuentra postrada en el sillón de su segunda vida, en un hogar que acepta, pero no sabe que no es suyo; y su cuerpo no volverá a rellenar las curvas de sus vestidos finos, ni su melena ondeará y se tornará negra.

¿Y dónde está él?

Voltea la vista al tiempo azul; a los días en los que su primer mundo era el único. Cuando sus piernas no mostraban resistencia a los paseos campestres, ni sus manos se encogían en la pose diabólica que ahora le impide la lectura solitaria. Cuando era capaz de montar durante horas a su yegua castaña, perderse entre la robustez de la arboleda y tirarse a leer cuentos de niños en su sombra. Cuando él aún estaba con ella.

El olvido juega en su antojo malicioso; viola sus barreras y le arrebató fechas, rostros, sitios, sentido y vida. Y sin embargo, aunque no fuese de su elección, jamás se hubiera perdonado abandonar su nombre en aquel vórtice injusto. Aquello hubiera sido imposible, pues se le repite perpetuamente como la palabra clave que complementa su desmemoria. Un nombre que

ya no significa esconderse entre los maizales como críos candorosos, sorprender los primeros instintos que denotan la ausencia de puerilidad, inventar el dialecto de quienes no necesitan un lenguaje para entenderse. Todo aquello ya no existe. Ahora es solo un nombre; el único que no se permite olvidar.

Una firma emborronada marca la parte trasera de la fotografía. Lidia y Miguel, cuatro de abril de 1957. Por aquel entonces ya llevaban varios años de casados, y de padres. Pero no se detuvo en esta época a observar el año empapelado que mostraba su sonrisa añeja. Se remontó a una etapa anterior, que le costaba menos entrever; en la que Miguel le escribía cuentos de moralejas aniñadas, sencillas y esenciales. Enseñanzas vitales que leía a gusto, que todos sabían y nadie comprendía. No quería llegar a confundir nunca las cosas importantes.

Su padre solía advertirle sobre aquel chico risueño y bullicioso. “Tiene ideas peligrosas y no le asusta decirlas” le dijo una vez. Ella no entendió realmente el sentido y el riesgo de aquellas palabras. Circunstancias posteriores forzarían a toda una nación a sentir las consecuencias necesarias de las ideas cambiantes y las mentes nuevas. Sufriría los efectos de aquella advertencia paterna clavada como la espina plumada que desgarraría por completo su percepción, su ser y su vigor.

Miguel escribía a menudo sobre sus principios y proyectos. Inspiraba en sus letras el delirio pasional de quien se encuentra profundamente adherido a sus convicciones. Impregnaba meticulosidad en sus ensayos, lenguaje pulcro y cuidadosamente seleccionado, sin perder su dirección y claridad. Ella sabía que estaba trabajando en un libro, aunque no llegó a descubrir si lo terminó. De hecho, fue la última gran obra de la que tuvo conocimiento alguno, a excepción de sus poemas secretos e imborrables. Las madrugadas exentas de cordura y vergüenza, ella le escuchaba. Le permitía plasmar sus versos ocultos en los pliegues insondables de su falda, y amanecían sin hora ni pudor bañados en poesía y tinta.

Dudaba en ocasiones de sus capacidades como autor. Su inseguridad artística privó al

público de su lirismo intimista, de su abismo sentimental. Tan solo concedía artículos esporádicos carentes de sensibilidad, en un subjetivismo que emanaba de la racionalidad por la que se guiaban sus opiniones; sin contar con las noticias redactadas con la impasibilidad e impersonalidad profesional que admiraban aquellos del gremio. Había tenido la oportunidad de formarse en un humilde taller de redacción, gracias al que posteriormente había entablado contacto con los periódicos locales. Se introdujo en el oficio de la comunicación como el modesto cuentacuentos de la sección infantil del semanario popular, cargo que le sirvió para afianzar un círculo de buenas compañías y estrechar vínculos entre los expertos del sector. Varios años después recibiría una serie de amenazas tras comprobar el poder que provocaba la avidez política y social de sus escritos. La confianza adquirida fue una aliada peligrosa a la hora de publicar crónicas que dieran de qué y de quién hablar. Se le llegó a reconocer como alentador de masas, en percepción de una justicia que muchos otros consideraron desafiante. Lidia opinaba que debería haberse conformado contando cuentos.

Aún todavía los lee en el intento amargo de encontrarlo entre líneas. Y sigue leyendo mientras busca en sus palabras alguna punzada que pueda creer suya, que resuene en su esencia y su color. Se aferra a los vestigios que encuentra en los retales de su voz aplastada, la huella que demuestre que vive escondido en el arte que lo atrapaba y consolaba. Lee fuerte para sentirlo cerca.

Es entonces cuando llega la insistente pregunta; dónde está.

Ha de reconocer que está mal formulada, mas es incapaz de despegarse de este interrogante literal, como si sus labios se negaran a expresar lo que realmente pretende decir: por qué no está conmigo. Sabe que su marido no alcanzó a abandonar su mundo azul, que continúa en un refugio del que ella nunca oyó explicación y del que él mismo no consigue liberarse. Le gusta pensar que se burla, que solo trata de escribir su propia historia buscando el equilibrio entre el misterio y el romanticismo, desde la punta más alejada de todo lo que conoce. Lo imagina

en actitud juguetona, revoltoso como un niño que pretende ser descubierto sin dejarse ver, retozando en su diversión vivaracha y socarrona.

Lo ve en su nieto, quien ahora la observa con la misma sonrisa zumbona que él dedicaba abiertamente. Reconoce su expresión al instante. Hoy es uno de esos días. “Ha llegado una carta, abuela”, es la confirmación que necesita para entusiasmarse activamente. Son pocos los días que recibe esta noticia; y entre ellos se asienta una distancia que parece dejar pasar años enteros sin nuevas de las que disfrutar, a pesar de que la ausencia de correspondencia se limita a unos pocos meses. Bien es cierto que la enfermedad la priva de la remembranza de los escritos recibidos y sus plazos; le impide reparar en la correcta puntualidad con la que se presentan en manos de su nieto cada doce meses, como enviados a golpe de reloj. Contienen información escueta, poco precisa. Se manifiesta en muchos de ellos una comprometida situación; alegando la inseguridad que conllevaría transmitir datos concretos sobre su localización y circunstancia. Se ajusta a comentar las dichas que aún le ofrece su tierra mojada en cobalto, a describir y hacerle visualizar los horizontes del Chile para ella inalcanzable. Escribe cuánto la piensa y la siente como si ella pudiese recordarlo. Remata junto a sus inconfundibles moralejas una despedida, siempre acompañada de la promesa: te buscaré cuando todas las banderas hayan caído.

Mas Lidia nunca llegaría a comprender que las banderas hace mucho que cayeron, deshilachadas en sangre y voluntad. Se le escapan los recuerdos del por qué.

¿Por qué tuve que huir?

Para su suerte o desgracia, no volvería a evocar los acontecimientos que se atropellaron el año en que hubo de abandonar su vida garza. Tras sus telarañas permanecería oculta la violencia que sufrieron las calles chilenas aquel verano del setenta y tres. Ni siquiera asomarían lúcidas las últimas amenazas que, a pesar de duras, no amedrentaron a su marido los días previos a la marcha familiar. Tal vez es la mejor alternativa para protegerse de la verdad.

La verdad que ensangrentó las bocas de la justicia, que quemó el pueblo del fuego y del

valor. Conoce las letras; olvidó su origen. Entona con voz de gigante, gritando adelante; a la patria que está forjando en unidad, de norte a sur se movilizará. Desde el salar, ardiente y mineral, al bosque austral. De acero son ardiente batallón, sus manos van llevando la razón. En pie, a luchar, el pueblo va a triunfar.

El pueblo unido jamás será vencido.

Verano de 1973. La presión recaía ineludible hasta en la más recóndita calleja. El conflicto parecía haber comenzado, mas en espera estaba la chispa que encendiese la mecha que haría estallar la nación, a punto de contemplarse resquebrajada y mutilada; expectante de la explosión de la misma antítesis, una guerra entre hermanos.

En su casa no aparentaba reinar el terror, aunque tampoco la paz era asumida como presente. La falsa calma se afincaba en la evasión, en el propio espanto a hablar; como si callar pudiese hacer desaparecer el combate que se avecinaba, como si pudiese desmaterializar las bombas, calar en la concordia y esquivar el choque ideológico que Chile llevaba tanto gestando.

Lidia no fue consciente de aquella gravedad hasta que se topó de lleno con la fuga. Esa noche en que la realidad la golpeó con la brusquedad con que se desprende de la ira contenida, con el furor con que arde la venganza en las pupilas malvadas. Cuando se enfrentó súbitamente al pasaje de destino más remoto.

Estancado septiembre, jornadas poco anteriores al golpe que derrocó la democracia, ella escapó. Huyó entre la confusión de quien continúa negando la evidencia, de quien no ha asimilado el miedo. Se fue junto al sabor de su última promesa, pero sin él. Perdería la cuenta del tiempo que se odió por haber permitido que lo absorbiesen en alma las banderas del trabajo, los gritos de albedrío. Tendría que haberse conformado contando cuentos.

Lo vivió casi como un engaño, asentado en la premura y el desorden con que su marido desvinculó a sus queridos de una lucha que consideraba suya. Un planteamiento que había planeado paulatina y minuciosamente, con el objetivo de rehuir la resistencia que caracterizaba el valor de su mujer. Jugó con la palabra y

la despedida, en la maniobra que aseguró la supervivencia de aquellos a quienes quería vivos. Él mismo se supo muerto en aquel adiós. Te buscaré cuando todas las banderas hayan caído.

Definitivamente, era mejor no recordarlo.

Una vez refugiada, desterrada, deambuló en el desamparo. La primera y única carta de Miguel amaneció tras pocos meses de separación, hospedada en el buzón que había mendigado en su ya segunda vida. Entre los preparativos de la marcha este había consolidado concienzudamente sus contactos extranjeros, en garantía del hogar inicial. En aquel mensaje detallaba la evolución de la batalla, sus apoyos y seguidas convicciones. Una de tantas moralejas, y firmado desenlace: aún no hemos caído.

Mas cayeron. Sin embargo, los años apisonaron su juicio progresivamente, enturbiaron la cordura en la que se había sometido al arrepentimiento de aquel abandono, en la que se había dolido, atrofiado y destruido. La desmemoria se transformó en un escudo. En su delirio se mezclan ahora los hechos pasados, los imaginarios, los desaparecidos. Interfieren en su excesivo capricho; hasta que solo han tolerado un nombre. La melodía de esa cantinela guerrillera que se sucede en su mente; himno de revolución, oda a la libertad, combina y culmina en su nombre.

Ya no significa. Es sencillamente el término que designa a alguien que fue. Al igual que la voz coral ya no expresa rebelión para sí. Se han visto desfigurados en datos objetivos, apuntes vacíos. ¿A dónde irán las historias cuando se olvidan?

Las cartas posteriores aterrizaron procedentes del beneficio aprovechable que otorgó a su hija y nieto su distorsión sobre los episodios acontecidos. Y es que ella, desvariada en el forzoso despropósito, comenzó a ser incapaz de identificar la cuna veraz de las lecturas que les eran entregadas. Lucrándose del padecimiento que la consumió cuando la edad quiso abrirla en el auxilio del olvido, el pequeño tomó de referencia la primera epístola y los cuentos trasnochados del enamorado chileno. Compuso su imitación finalmente cuando tuvo la certeza de que la oscuridad se

había impuesto por completo ante la razón, mofándose de la conciencia quebrada de la mujer que se tornaba frágil.

Esta noche descansa en el alféizar, escuchando el rumor de las olas de plata; mientras lee los

versos que cree de su amante misterioso. Una última moraleja. Te buscaré.

Sin sospechar que este yace bajo una tierra que aún susurra que el pueblo unido jamás será vencido.



La marca de Frankenstein

Juan Emilio Ríos Vera

Institución penitenciaria Virgen milagrosa, Majadahonda, Madrid, 2 de abril de 2020

Me llamo Enrique Rojo de Monteflorido y toda mi vida me he posicionado del lado de los monstruos.

Nací en los años más férreos y terribles de la posguerra, cuando la represión por parte del régimen franquista era más encarnizada. Por ello, mis padres habían huido al exilio para nunca volver a pisar su tierra y yo me críe con mis abuelos paternos, junto a mi hermano pequeño, Samuel, que había nacido, como se decía antes, sin ningún tipo de eufemismo, subnormal profundo, y por tal razón, según la mentalidad antigua y radical de mis abuelos, no podía ser expuesto a la vista de los vecinos, con lo cual, desde su más tierna infancia, fue encerrado en el sótano, encadenado a una columna, que solo le permitía andar unos pocos pasos, y alimentado como los animales, con un plato de agua y otro de una especie de papilla espesa e insípida que la mayoría de las veces no terminaba en su estómago sino estrellada contra las sucias paredes del cubículo estrecho y maloliente donde estuvo confinado más de quince años. Yo siempre estuve a su lado, intentando paliar su soledad y su encierro, con cariño y amor. Era su única compañía, el único vínculo con la sociedad, con la humanidad. Yo lo enseñé a comer, a vestirse, a decir su nombre, a firmar, y poco a poco fui convenciendo a mis

abuelos, que eran personas hurañas, analfabetas y temerosas de un dios que yo nunca entendí, de que era un niño bueno y humano, cosa que parecían haber olvidado. Conseguí con mucho trabajo que, los domingos, se sentara a la mesa con nosotros para almorzar, y que tuviera un jergón mullido para dormir. Le contaba cuentos para que durmiera como un bendito y lo arrojaba en las noches de invierno. La poca dignidad de la que disfrutó en los quince años que vivió hasta contraer el cáncer que se lo llevó a mejor vida se la proporcioné yo. Mi hermano era un ángel y, sin embargo, fue tratado como un monstruo.

Fui creciendo, por lo tanto, en una atmósfera viciada y desnuda de las más elementales normas de convivencia y de familiaridad y, de forma precoz, me refugié en la lectura de aquellos escasos libros que caían en mis manos por entonces. Me aferré a las clases que recibía en un humilde colegio rural al que iba cuando no tenía que ayudar a mis abuelos en las labores del hogar y en las tareas del campo y supe extraer de aquel maestro veterano e inflexible toda la cultura y conocimientos que poseía que no eran demasiados. Gracias a don Servando aprendí a leer y a escribir fluidamente lo que me abrió un mundo de posibilidades infinitas a través de los libros que me prestaba

y encontré en las novelas de Julio Verne, Enyd Blyton y Emilio Salgari el árnica necesaria para balsamar la dureza de unas condiciones de vida inhumanas.

Trabajé como un poseso en el campo y en la pequeña tienda de comestibles que regentaba mi abuelo en el pueblo y a la muerte de este, heredé un negocio pequeño, pero bien saneado, lo que me proporcionó en la adolescencia abundantes y variadas lecturas, decantándome pronto por los pocos títulos de ficción y fantasía que podía agenciarme.

Y un día, con mis pocos ahorros, me armé de valor, vendí el negocio familiar y me fui a Madrid a estudiar magisterio. Fue la decisión que reorientó mi vida y me realizó como persona. No desaproveché mis clases y en pocos años conseguí la titulación de maestro nacional, lo que me llevó a trabajar en un pequeño colegio de la tristemente famosa localidad de Brunete, donde había tenido lugar una de las más encarnizadas batallas de la fraternal contienda que había desembocado en la dictadura de Franco. Por entonces mis mayores placeres eran la lectura y el cine. Todos los sábados me desplazaba a la capital para ver las películas denominadas “de arte y ensayo” que me abrieron la mente y me mostraron una realidad llena de retos y de mundos a explorar, lo que me abrió un voraz apetito por descubrir películas más allá de aquel ñoño cine de evasión que proyectaban en los cinematógrafos del barrio. En la literatura me decanté pronto por los movimientos más vanguardistas y el descubrimiento de los románticos españoles, capitaneados por Bécquer y Espronceda, significó un vuelco en mi forma de concebir el mundo. Ellos me llevaron a adquirir de forma clandestina y a precio de oro las ediciones que de estraperlo traían de Hispanoamérica algunos libreros de viejo, aquellos libros de las ediciones Losada que se deshacían en las manos al poco tiempo de abrirlos y de acometer su lectura, me fascinaron. Así conocí a los poetas trasterrados y a los autores que marcaron mi vida: Poe, Byron, Stoker, Dostoievski y sobre todo Mary Shelley y su Frankenstein, del que me hice experto a fuerza de leerlo y releerlo, analizarlo

y hacerlo mío. Aquel monstruo contrahecho, puzle de cadáveres y amante de la belleza, se convirtió en mi obsesión y en el mayor leit motiv de mi existencia. Vi, leí, compré y estudié todo lo que pude encontrar sobre esa criatura burda y torturada creada por un científico que se había atribuido las funciones de Dios y había engendrado un ser cuya angustiosa existencia se reducía a intentar comprender los motivos de su aberrante creación y a exigir que se le permitiera llevar una existencia digna. El moderno Prometeo me convirtió en escritor y comencé a gestar una obra ingente y apasionada donde siempre tomé partido por los débiles, los incomprendidos, los alienados por la sociedad, por los desahuciados, por los diferentes, por los monstruos, en definitiva.

Con el final del régimen franquista y la irrupción, primero de la Transición y luego de la Democracia, mis horizontes, a mi, ya madura, edad se ampliaron considerablemente y me gané un bien trabajado nombre como escritor, profesor y experto en cine y en literatura gótica, enfocada al terror y a la ciencia ficción. Mis ensayos, novelas y guiones de cine eran leídos por millares de seguidores y mi éxito se fue extendiendo por toda la geografía nacional y hasta internacional. La llegada de Internet puso a mi disposición un caudal inagotable de conocimientos y de películas y libros a los que no había podido acceder hasta ese momento y mi campo de estudio se multiplicó exponencialmente.

Y un buen día, sin que nadie lo hubiera previsto, nos asoló la pandemia que nos iba a arrebatarnos para siempre nuestras vidas cotidianas y nos recluyó en nuestras viviendas durante meses, devastando a nuestros seres queridos, y matando a millones de personas en todo el mundo. Primero se cebó con la población superior a los ochenta años, pero ya después no dejó títere con cabeza, y fue expandiéndose sin miramientos, sesgando las vidas de ricos y pobres, grandes y chicos, hombres y mujeres, africanos, americanos, europeos... y todo ese desbarajuste provocado por un virus invasor de rápida y letal contagiosidad que diezmo en pocos meses a la población mundial, sin

distinguir colores, razas, países o creencias fue aprovechado en muchos países por grupos radicales de políticos, cargos eclesiásticos, santones y científicos retrógrados que tomaron el poder y establecieron un nuevo sistema social, ético, moral y religioso. Nuestra nación, desgraciadamente, no fue una excepción y volvimos a los años del oscurantismo, la segregación racial, el autoritarismo y la violación flagrante de los derechos humanos y las libertades del ciudadano. Aprovechando la coyuntura favorable y el momento idóneo en el que todas las fuerzas vivas se esforzaban por detener y combatir la pandemia, se materializó un golpe de estado encabezado por aquellos militares que añoraban tiempos pasados, los grupos políticos más radicales, que se autodenominaban patriotas y las sectas religiosas más agresivas y dañinas y la Democracia, el estado de derechos y las más básicas de nuestras libertades adquiridas con gran esfuerzo se diluyeron como un azucarillo en una taza de café caliente.

Las nuevas directrices eran claras y explícitas, regresando a un estado autoritario, militarizado, ultraconservador y fascista, que distinguió entre ciudadanos puros y todos aquellos que poseían alguna tara que los convertía en indeseables: homosexuales, disminuido psíquicos y físicos, negros, gitanos, judíos, inmigrantes indocumentados, disidentes políticos, extranjeros e incluso intelectuales, periodistas que hacían preguntas incómodas y gentes de hábitos excéntricos fueron detenidos y confinados en barracones y cárceles, pero hubo un sector de la población especialmente perseguido por aquellos nuevos dirigentes implacables y garantes de la moral más reaccionaria y pacata, con los que se cebaron especialmente, estos fueron todas aquellas personas que se habían contaminado

con la presencia en sus cuerpos de algún órgano trasplantado o que habían recibido transfusiones de sangre de otra persona, a todos ellos se les consideró personas impuras, y entre el populacho, se les comenzó a llamar con el degradante apelativo de “los apestados por la marca de Frankenstein”.

Cientos de miles de personas, por el mero hecho de poseer en su organismo algún elemento con el que no habían nacido y que procediera de otra persona, y todos aquellos que les habían facilitado esos órganos, fueron identificados por las autoridades sanitarias, interrogados y detenidos por los cuerpos de seguridad del Estado y recluidos en instituciones penitenciarias, a modo de las ya antiguas leproserías. Allí eran confinados y tratados como si se trataran de animales. Eran los nuevos monstruos, los modernos Frankenssteins, los seres inmundos que debían ser apartados de la sociedad para evitar contagiar a los ciudadanos limpios, puros e impolutos. Aquí, en una de estas vergonzosas instituciones donde encierran a los monstruos, terminaré mis días, no porque sea uno de ellos, pues nunca recibí ningún trasplante de órganos o transfusión de sangre, sino porque me alisté como voluntario para paliar sus sufrimientos y penalidades. Me reinventé como cuidador y docente de aquellos excluidos de la sociedad y me dedico desde entonces a impartirles clases de Cultura y a entretenerlos en su día a día, como hacía con mi hermano menor, y, cuando nadie nos espiaba, a hablarles también de todos aquellos monstruos que a lo largo de la Historia han existido, explicándoles que el concepto de monstruosidad no ha sido, ni mucho menos, el mismo a lo largo y ancho de la Humanidad. Y es que, a los monstruos, como en el caso de Frankenstein, no los crean los dioses, sino que los engendran la intolerancia de los hombres.

La llave

Mar Marchante

Tu mano es la llave que apaga la luz
y enciende la noche.

Tu voz es la llave que abre el grifo
de la poesía.

Tu voz es la luz y la alegría
que amansa mi calma.

La llave está en tus manos
que vienen manchadas
de barro de otros días.

La llave está en tu bolsillo
roto de dolor y de melancolía

La llave está en tus zapatos
que arrastran huellas del pasado,
que tuercen los senderos
de los caminos desandados.

Y la llave está por supuesto,
en el oscuro e incierto secreto
de este delito sin sentido
que es a puro grito.

Y es el silencio bendito
de mi espacio contigo.

Y la llave, querido amigo,
está en el camino que va
desde el beso que nos dimos
y el que no nos dimos
y está por dar,
tras la mascarilla en el portal,
y en las noches que vivimos ...

La llave está en tus labios
que están ahora cerrados,
esperando la saliva de mis besos
en forma de milagro.
La llave está en tus ojos cansados,
en la barba desaliñada,
en tus dedos que huelen a tabaco
y traspasan las pantallas.

La llave está en el ansia
y en la espera de mis piernas abiertas.
La llave es siempre azogue y hoguera.
La llave es deseo encendido
es clamor y delirio
y es orgasmo y espera.
La llave es la yema de tu dedo
recorriendo mi ombligo
bordeando el centímetro exacto
de mi líbido.

Orgasmo íntimo, implícito
Sexo con sentido.
Consentido,
concedido,
continuado,
confinado,
conseguido,
consecutivo,
... Contigo.

Tiempo Muerto

Mar Marchante

Hubo un tiempo en que la muerte vivía en los palacios de hielo.
Un tiempo en que los hogares eran los únicos lugares seguros.

Hubo un tiempo en el que sonreían los ojos tras las mascarillas que durante meses ocultaban el miedo.

Hubo un tiempo en el que el abrazo era el peor de los pecados,
un tiempo en el que los que más veían eran los ciegos.

Se nos moría a chorros la vida que sangraba sin consuelo y despedimos a nuestros abuelos pero no podíamos verlos.

Se vaciaron las calles,
se llenaron las UCIS,
enmudecieron los pasillos de los colegios y los parques se quedaron desiertos.

Se cerraron los comercios y todos los bares,
y los únicos espacios abiertos eran los hospitales.
Y los únicos héroes: los médicos y fuerzas espaciales.

Y entonces nos dimos cuenta de que éramos felices y no lo sabíamos,
nuestra vida era estable y segura y no apreciábamos el tiempo que teníamos,
hasta que lo único que tuvimos fue tiempo...
tiempo muerto y abrazos guardados.

Fue entonces, cuando nos dimos cuenta de que los únicos libres eran los pájaros...

Versos Marcianos

Mar Marchante

La piel que habito
no es más que una coraza
que guarda el recuerdo
de nuevo doloroso y repetido,
de las madrugadas contigo.

Guardan los ojos negros de túnel
el mismo miedo al abismo.

Tú, eres otra vez tú,
el mismo, repetido.
Tú eres otra vez lejano:
y el delirio,
y el silencio,
y el extraño .
Tú eres otra vez
desconocido.

¿Cuándo descubriré el maleficio?
El que esconde el recoveco
de la calva de tu barba,
del espacio que va
desde tu cuerpo a mi ombligo.

Llevas los brazos desnudos
y miro de nuevo las manos
que imagino deslizándose en mi cuerpo;
no puedo ver de otra manera
si no es mirando
a través de los cristales de tus gafas nuevas.

Te veo feo y cansado
y un mes más viejo,
pero solo te veo a tí
y solo leo tus versos
y los beso.

Te escribo de nuevo,
te escribo
y son versos marcianos
llamando a la tierra.